CondeDuque
44Fest. Otoño Madrid

La Zentralita

28/11/2026
Asier Albertos

¿Y SI NO NECESITÁRAMOS NUNCA TENER LA RAZÓN? Una vuelta a casa después de CONTRA ANTÍGONA DE ANDREA JIMÉNEZ

Cada vez que salgo del teatro y una obra me toca por dentro, me remueve o me deja pensando, necesito darme un paseo largo hasta casa. Tengo la suerte o condena de que todos los teatros que frecuento están entre media hora y una hora de mi casa. Pero hoy, después de ver *Contra Antígona*, en el Centro Cultural Conde Duque, he necesitado algo más: varias vueltas al parque que tengo debajo de casa para poder digerir lo que acababa de ver y, sobre todo, encontrar las palabras para escribir esta reseña. Una reseña que, desde el principio, sé que va a ser bastante personal.

Porque hay espectáculos que no finalizan del todo cuando se encienden las luces de público.

Contra Antígona, de Andrea Jiménez, parte de una pregunta aparentemente sencilla, pero tremendamente compleja: ¿qué ocurre cuando dejamos de buscar una única verdad? ¿Qué sucede cuando nos permitimos escuchar aquello que contradice nuestras propias convicciones? Aquello que muchas veces no permitimos ni siquiera escuchar porque va "contra nosotros" o nuestras ideas. En un tiempo en el que parece que necesitamos posicionarnos constantemente, elegir un bando y defenderlo hasta las últimas consecuencias, este espectáculo propone algo que resulta casi revolucionario: detenernos a escuchar.



No todo es blanco o negro. No siempre existe una verdad absoluta, eso ya lo sabíamos. Y quizá una de las mayores violencias de nuestro tiempo sea precisamente esa necesidad de convertir cada diferencia en un enfrentamiento, cada discrepancia en frontera y cada conversación en batalla que alguien tiene que ganar y otro debe perder a toda costa, si es humillado mejor. Siempre hay dos caras de una misma moneda, aunque a veces nos empeñemos en mirar únicamente la que nos interesa.

Una de las decisiones más potentes del espectáculo es la presencia del coro. Un grupo de personas de edades, experiencias y posturas vitales muy diferentes, pero también con discursos políticos que no necesariamente coinciden. En esa convivencia de voces, en esa pluralidad que no necesita resolverse en una única conclusión, escuchar al otro no necesariamente significa darle la razón. Significa reconocer que existe, que tiene una historia y que quizá también hay algo de verdad en aquello que nos incomoda.

Y entonces aparece Antígona. Y aparece Ismene. Dos mujeres fuertes a pesar de lo que la historia ha querido reflejar y volver a enfrentar entre estas hermanas, dos formas de entender la justicia, la familia, el deber y la desobediencia. ¿Desacató las leyes o desacató el corazón? ¿Fue un acto de valentía o una condena? ¿Dónde termina la responsabilidad individual y dónde empieza la obligación moral? Las preguntas se suceden sin que el espectáculo tenga la necesidad de ofrecernos respuestas cerradas ni claras, es el debate que merecemos y la contradicción que realmente nos lleva a reflexionar.

La brillantez escénica de la propuesta reside también en su capacidad para sostener una premisa tan complicada sin perder nunca el ritmo. Es una obra ágil y viva, que transita entre el pensamiento, el juego, el humor y la emoción con una naturalidad admirable.

El trabajo del elenco es extraordinario, pero me gustaría detenerme especialmente en las dos actrices que encarnan a Ismene (Sandra Pujol) y Antígona (Júlia Truyol). Sus interpretaciones construyen un diálogo de fuerzas, contradicciones y sensibilidades que sostiene buena parte del corazón del espectáculo y traen una dualidad y verdad apabullantes. Hay algo muy hermoso en la manera en que ambas consiguen que sus personajes no sean simplemente dos posiciones enfrentadas, sino dos seres humanos atravesados por sus propias razones y sentires.

Y si hay una figura que termina de articular todo este universo es la propia Andrea Jiménez. Su presencia como maestra de ceremonias, su manera de conducir la propuesta y de transitar entre la dirección, la escena y el encuentro con el público me parece maravillosa. La puesta en escena, limpia y despojada de artificios innecesarios, permite que lo verdaderamente importante suceda delante de nosotros: las personas, sus cuerpos, sus palabras y sus contradicciones.

Pero hay algo más. Andrea no se conforma con que el público observe. Lo introduce en la escena, lo invita a participar, aunque sea por unos instantes, despojarnos de esa posición cómoda desde la que solemos mirar el teatro. Consigue que dejemos de ser únicamente espectadores para convertirnos también en parte de aquello que está sucediendo. Y eso transforma por completo la experiencia, ya que esto transgrede los límites de obra teatral y de revuelta callejera.

Salgo de Conde Duque con la sensación de haber asistido a un ejercicio de escucha colectiva. De esos que tanta falta nos hacen fuera de las salas de teatro. Hemos aprendido a defender nuestras ideas mucho antes de aprender a cuestionarlas. Quizá porque confundimos tener convicciones con tener siempre la razón. O quizá porque nos da demasiado miedo descubrir que alguien a quien consideramos nuestro contrario puede tener motivos para pensar como piensa.

Contra Antígona no pretende reconciliarnos a todos ni ofrecernos una verdad alternativa que sustituya a las anteriores. Nos recuerda que la complejidad humana no cabe en una consigna ya que, a veces, la verdadera valentía no consiste en sostener nuestra postura hasta el final, sino en tener la capacidad de escuchar la de los demás.

Porque tal vez no se trate de decidir quién tiene razón. Tal vez se trate de aprender a convivir con la posibilidad de que nunca tengamos toda la razón.

Y hoy, después de varias vueltas al parque, creo que la posibilidad del cambio, la convivencia con la contradicción y la necesidad de escucha y empatía, son las cuestiones que más me resuenan de este espectáculo. Nos vemos en la próxima, que estoy metiendo las llaves en el portal.